

TALLEYRAND Y EL CONGRESO DE VIENA

(Esbozo del problema y de la polémica.)

I

EL HOMBRE

El tema que estas páginas desarrollan es —calificado de manera vulgar— grande, enredoso y trillado. Lo abordo con la convicción de que, al hombre de hoy, sólo pueden interesarle aquellos momentos de la Historia en que —a semejanza del que le ha tocado vivir— una crisis trascendental colocó a los individuos y a los pueblos ante la necesidad inexcusable de iniciar una nueva existencia y una nueva convivencia. Tales, en el Mundo Contemporáneo, el fin del Imperio Napoleónico, la consumación de las Unidades o la liquidación de la Gran Guerra. Talleyrand y el Congreso de Viena corresponden a la primera de las tres crisis, y han sido objeto de una polémica constante entre los historiadores.

Mi aspiración es tan modesta como difícil: trazar el bosquejo del personaje en relación con la más importante tarea de su vida, tal como hoy resulta de las diversas interpretaciones suscitadas, al correr de los

años, por el hombre y por el acontecimiento. Me daría por satisfecho con bien poco: con que el interés actual del tema y el reflejo de la constante disputa librasen a este estudio de "la privación de vida", de "lo terroríficamente letal" que atormentara los años de aprendizaje de la "pasión argentina" de Eduardo Mallea (1).

EL ROSTRO ENIGMÁTICO.

Goethe conoció a Talleyrand con ocasión de las entrevistas de Erfurt y quedó impresionado por la impenetrabilidad de su rostro, que le hizo decir ante el retrato de Gérard: "No he podido impedir el pensar en los dioses de Epicuro que moran allá donde son desconocidas la nieve y la lluvia, donde nunca alienta la tempestad" (2). Con rudeza de soldado, el Mariscal Lannes dijo de él: "Si, cuando os está hablando, su trasero recibiese un puntapié, su cara no os advertiría de ello" (3).

Los enemigos del personaje se obsesionaron con el rostro, le describieron tratando de hallar en él la huella de un mal que justificara el odio que le profesaban. George Sand escribió: "El labio convexo y apre-

(1) Eduardo Mallea: *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, 1940, pág. 51.

(2) Lacour-Gayet: *Talleyrand*, vol. II, París, 1930, pág. 263.

La índole de mi trabajo me hace reducir, en buena medida, las notas. Gran parte de lo citado en el texto es sobradamente conocido y se halla registrado en cualquier obra sobre Talleyrand; solamente alguna afirmación fundamental o determinada frase menos repetida exige el pie de página.

(3) Las Cases: *Memorial de Sainte-Hélène*. Bibliothèque de la Pléiade, vol. I, pág. 475. Napoleón, que recuerda la frase, duda si fue pronunciada por Lannes o por Murat.

tado como el de un gato, unido al labio largo y caído como el de un sátiro, mezcla de disimulo y de lascivia; el pliegue desdeñoso en la frente; la nariz arrogante con la mirada de reptil, tantos contrastes sobre una fisonomía humana revelan un hombre nacido para los grandes vicios y las pequeñas acciones..." (4). Chateaubriand observó: "Grabados antiguos de *el abate de Perigord* representan a un hombre muy guapo: M. de Talleyrand, al envejecer, se había vuelto una cabeza de muerto; sus ojos eran opacos, de manera que resultaba difícil leer en ellos, lo cual le era muy útil; como había recibido mucho desprecio, se había impregnado de él y lo había colocado en los dos extremos caídos de su boca" (5).

El hombre necesitaba de ese rostro impenetrable. Vivió ochenta y cuatro años; nacido en el reinado de Luis XV, murió bajo la Monarquía de Julio. Cincuenta y cuatro años actuó en la vida pública; desde que en 1780 fué elegido Agente General del Clero hasta que en 1834 abandonó la Embajada en Londres. Sacerdote representante de su Orden y Obispo en el Antiguo Régimen, diputado en la Asamblea Constituyente, Enviado a Inglaterra en una misión que obedeció tanto las órdenes de De Lessart como las de Danton, Ministro bajo el Directorio, Ministro del Consulado y del Imperio, jefe de Gobierno en la Restauración, Embajador de Luis Felipe, sirvió, abandonó, derribó casi siempre, las sucesivas situaciones políticas de la Francia de su tiempo.

(4) George Sand: *Le Prince*. En la *Revue des Deux Mondes*, 15 de octubre de 1834.

(5) Chateaubriand: *Mémoires d'outre-tombe*, París, 1850, tomo XI, pág. 421.

Una vida como la suya necesitaba de su rostro hermético. Y ambos lograron para él, el deseo que expresó a la Condesa de Kielmansegge: “Quiero que durante siglos se siga discutiendo lo que he sido, lo que he pensado, lo que he deseado” (6).

LA POLÉMICA.

La discusión llena dos etapas, separadas por la publicación de sus Memorias.

En la primera aparecen, de un lado, aquellas obras resueltamente hostiles, totalmente falsas a veces, a veces destinadas a satisfacer una curiosidad malsana: las Memorias publicadas en Inglaterra en 1805 (7), las Memorias aparecidas en Francia en 1838 (8), la obra del antiguo subordinado Villemarest (9), la del ex-secretario Colmache (10), la colección de anécdotas de Pichot (11). De otro lado, hay oradores y escritores que intentan —“ensayan”— trazar el perfil político del hombre: Barante (12), Mignet (13), Lord

(6) *Mémoires de la Comtesse de Kielmannsegge sur Napoléon I^{er}*, trad. franc., París, 1928, vol. I, pág. 140.

(7) *Memoirs of C. M. Talleyrand de Perigord*, obra del autor de *The Revolutionary Plutarch* (Lewis Goldsmith), London, 1805.

(8) *Mémoires du Prince de Talleyrand-Perigord*, par Madame la Comtesse O. du C., París, 1838.

(9) Villemarest: *Monsieur de Talleyrand*. Publicado, anónimamente, en 1834.

(10) Colmache: *Reminiscences of Prince Talleyrand*, London, 1848.

(11) Amadée Pichot: *Souvenirs intimes sur Monsieur de Talleyrand*. Colección de anécdotas publicada en 1870.

(12) El 8 de junio de 1838 Barante pronunció el Elogio de Talleyrand en la Cámara. Se halla impreso en sus *Etudes Historiques*, publicados en 1857.

(13) En 1839 Mignet leyó en la Academia de Ciencias Morales y

Brougham (14), Capefigue (15). La dualidad de actitudes alcanza su expresión más brillante cuando Sir Henry Lytton Bulwer publica en 1868 su elogioso estudio sobre Talleyrand (16) y Sainte-Beuve le responde, en 1870, tratando hostilmente al personaje (17). Sainte-Beuve gana la partida. Y no sólo porque tiene a su favor la pseudo-historia precedente y adversa a Talleyrand, sino porque cuenta con las plumas más leídas de la época, que han atacado implacablemente al Príncipe de Benevento: Mme. de Stael, con la ira de una amistad perdida; Balzac, con toda su entereza; George Sand, con todo su amaneramiento; Chateaubriand, con toda su violencia; Víctor Hugo, con todo su mal gusto (18).

Precedidas de cerca por las colecciones de docu-

Políticas su estudio *Sur la vie les travaux de M. le Prince de Talleyrand*. Lo publicó en *Portraits et notices historiques* en el año 1852.

(14) Lord Brougham dió a conocer su ensayo sobre Talleyrand en sus *Historical Sketches of Statesmen*, aparecidos entre 1839 y 1843.

(15) Capefigue elogió la política exterior de Talleyrand en *Diplomates européens*, publicado en 1843.

(16) El estudio sobre Talleyrand de Lytton Bulwer ocupa en realidad el primero de los dos volúmenes de sus *Historical Characters*.

(17) El ensayo de Sainte-Beuve apareció primero en *Nouveaux Lundis* y después como publicación separada dedicada a *Monsieur de Talleyrand*.

(18) Madame de Stael desahogó su ira, motivada por la indiferencia del antiguo favorecido, escribiendo una novela con clave, *Delfina*. Balzac, trazando *Les secrets de la Princesse de Cadignan*, atacó a Talleyrand, sumándose a los que denunciaban como el gran escándalo de su vida las relaciones con la Duquesa de Dino. George Sand, tras una visita a Valençay, publicó en la *Revue des Deux Mondes* un ruidoso artículo titulado *Le Prince*. Chateaubriand le dedicó las más duras páginas de sus *Mémoires d'outre-tombe*. Víctor Hugo escribió, a raíz de la muerte de Talleyrand, una página repugnante, que alcanzó celebridad. M. Maurice Paleologue ha puesto de relieve la influencia de los literatos en la fama del personaje histórico, en el estudio citado más adelante.

mentos publicados por G. Pallain (19), aparecieron, en 1891, las *Memorias* de Talleyrand (20). Entonces produjeron el escándalo de su falta de escándalo. El folletín esperado de la riqueza, el lujo, el vicio, la traición política y la depravación privada quedaba en una obra de Historia, clara, firme y mesurada en la narración y en el estilo.

Según las palabras de su anónimo autor, *La Confession de Talleyrand, 1754-1838*, publicada en París en el mismo año 1891, debió, en gran parte, su aparición a "la decepción profunda" producida por las *Memorias*. Algunos fragmentos de *La Confession* habían sido compuestos anteriormente y publicados en el *Figaro*. En las primeras páginas del libro, el autor reconoce que no se trata de un escrito auténtico de Talleyrand, sino de *le pastiche d'une autobiographie*, que, en oposición a los volúmenes dados a conocer por el Duque de Broglie, es el verdadero retrato del Príncipe de Benevento, tal como aparece "en las *Memorias* y los *Recuerdos* de sus contemporáneos, que lo han conocido y lo han juzgado". La obra puede servir como ejemplo del desconcierto y la resistencia producidos por las *Memorias* de Talleyrand, cuya negra silueta se negaban a abandonar sus historiadores adversarios.

La sorpresa, por otra parte, hubiera bastado a motivar la duda sobre su autenticidad (21).

(19) G. Pallain publicó: *Correspondence inédite du Prince de Talleyrand et du Roi Louis XVIII* (1888); *La mission de Talleyrand à Londres en 1792* (1889); *Le Ministère de Talleyrand sous le Directoire* (1891); *Ambassade de Talleyrand à Londres* (1891).

(20) *Mémoires du Prince de Talleyrand publiées avec une Préface et des Notes par le Duc de Broglie*, Paris, 1891-92, 5 vols.

(21) V. Albert Sorel: *Talleyrand et ses Mémoires* (publicado en las

Al cabo —excelente polemista el autor— se impuso la interpretación del hombre como tarea de los historiadores, consideradas sus Memorias obra fundamental. En definitiva, esa tarea —que llena la segunda etapa— es la que domina las obras posteriores, tan distantes en el tiempo y en el carácter. Ni intento ni me es posible, cuando escribo, establecer la lista completa de ellas; trabajo que, si lograrse ser agotador del tema, lo sería también del lector. Baste, pues, consignar ahora en el texto —a manera de ejemplos y con la reserva de su consiguiente utilización— la existencia de estudios debidos a Albert Sorel, Lady Blennerhasset, Albert Pingaud, Bernard de Lacombe, Joseph Mac-Cabe, Louis Thomas, Raymond Guyot, Frederic Lolié, Jacques Sindral, A. Bowman Dodd, Maurice Paléologue, Villa-Urrutia, G. Lacour-Gayet, J. G. Lockart, Duff Cooper, Emile Dard, Paul Le-sourd, Guglielmo Ferrero, Louis Madelin, Héctor del Valle, Louis Champagne (22).

Lectures Historiques, 1894), y Lord Acton: *Talleyrand's Memoirs* (en *Historical Essays*, 1906).

(22) Albert Sorel, a más del trabajo sobre las Memorias, publicó un ensayo titulado *Talleyrand au Congrès de Vienne*, en sus *Etudes d'Histoire et de Critique* (1895); claro es que en su gran obra *L'Europe et la Revolution Française* ocupan un lugar destacado la figura y la política de Talleyrand. Lady Blennerhasset (Gräfin Leyden) publicó una biografía cuya versión inglesa es de 1894. *Le Congrès de Vienne et la politique de Talleyrand*, de Pingaud, apareció en el tomo LXX de la *Revue Historique* (1899). Bernard de Lacombe es autor de dos libros extraordinariamente interesantes: *Talleyrand, Evêque d'Autun*, completado en *La vie privée de Talleyrand*, que abarca desde la emigración hasta la muerte. El *Talleyrand* de Joseph Mac Cabe es *a biographical study* (1906), cuya defensa del biografiado se debe al conocimiento del material publicado por Lacombe. Louis Thomas, en *L'esprit de Talleyrand* (1909), ha coleccionado *anecdotes et bons mots*. En *La Fin de Talleyrand.—Feuilles d'Histoire* (1909), Raymond Guyot estudia al personaje en el desenlace de su vida. Frédéric Lolié publicó dos obras que paralelamente comple-

INTERPRETACIÓN.

La interpretación de Talleyrand, a que concurren esfuerzos tan distintos, no queda, ni puede quedar, en la demostración de su habilidad en “el arte de negociar”, de su dominio de la “técnica del oficio”, en que fué maestro sin rival en la Historia —tal como ha hecho, con ingenio notabilísimo, un diplomático español, Villa-Urrutia (23)—; ni en el establecimiento, coherente y luminoso, de la desconcertante trayectoria de su vida —empeño plenamente logrado por un político inglés, Duff Cooper (24)—. Se trata de alg

tan un aspecto importante de la historia del personaje: *Talleyrand et la Société française* (4.ª ed. en 1910) y *Talleyrand et la Société européenne* (1911). Jacques Sindral escribió un *Talleyrand* en la serie *Vies des Hommes Illustres* (4.ª ed., París, 1926). El *Talleyrand* de Anna Bowman Dodd (1927) no carece de interés. Maurice Paleologue le ha situado en un tríptico, con Metternich y Chateaubriand, en su *Romantisme et Diplomatie* (1928). El ensayo biográfico de Villa Urrutia se ha reeditado en 1943. G. Lacour-Gayet, en los tres volúmenes de su *Talleyrand*, ha logrado un verdadero monumento, mediante la utilización completísima de toda clase de elementos documentales. J. G. Lockart ha dedicado a Talleyrand una parte de su *The Peacemakers* (1932). El *Talleyrand* de Duff Cooper (1932) ha alcanzado en 1945 dieciocho ediciones y la traducción a nueve idiomas. Emile Dard, a más de algún capítulo de su *Dans l'entourage de l'Empereur*, publicó, en 1935, su *Napoleon et Talleyrand*. Guglielmo Ferrero le ha dedicado en *Reconstruction* (1940) una admirable apología, al estudiar su actuación en el Congreso de Viena. Louis Madelin, tras un *Talleyrand préhistorique* —primero y lejano acercamiento a la figura—, escribió un *Talleyrand Révolutionnaire* (1928), y, por último, un *Talleyrand* (1942) que puede tenerse por réplica al libro de Ferrero. Héctor del Valle (F. G. Vela) publicó una biografía excelente del personaje (Madrid, Ed. Atlas, 1943). *Le Diplomate-Né*, de Louis Champagne, publicado en *Les géants de la politique* (París, 1943) se atiene a las ideas de Paul Lesourd en su *Ame de Talleyrand*.

(23) Marqués de Villa-Urrutia: *Talleyrand. Ensayo biográfico*, 2.ª ed., Madrid, 1943.

(24) Duff Cooper: *Talleyrand*, 18 ed., London, 1945.

más hondo, a lo que todos los escritores aportan su esfuerzo, más o menos directamente. Trátase de saber si Talleyrand fué un ambicioso sin convicción alguna, que gozó del Poder en el vicio y lo ejerció en la traición —tal como queda para el que lee la obra monumental de un académico francés, Lacour-Gayet (25)—; o si, por el contrario, fué un político que sirvió a unos principios arraigados, siempre en la medida de lo posible, genialmente en las ocasiones trascendentales —tal como aparece en el formidable libro de un historiador italiano, Guglielmo Ferrero (26)—.

¿Se descifró al cabo el enigma de su rostro? Tras la polémica de los historiadores, ¿cómo se nos aparece hoy Talleyrand?

PRIMERA RAZÓN.

Registrado por la mayoría de sus biógrafos —pero, a mi ver, no suficientemente estimado— un acontecimiento de su primera niñez, determina, en gran parte, el carácter del hombre.

Cuando nace Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord (año 1754) una familia noble de Francia atiende a perpetuar su pasado, y piensa que quienes vean la luz en ella sólo podrán lograrlo siguiendo la carrera de las Armas o perteneciendo a la Iglesia. El General Charles-Daniel de Talleyrand y su mujer, Alejandrina de Dumas d'Antigny, no son ni más ni menos duros que otros padres de su linaje; una herencia

(25) Lacour-Gayet: *Talleyrand*, París, 1930-33 (Ed. Payot).

(26) Guglielmo Ferrero: *Reconstruction. Talleyrand a Vienne. 1814-1815*, Genève, 1940.

de siglos les empuja a procurar la continuación en los hijos de un ayer glorioso y a determinar el camino que han de seguir para obtenerlo.

Es así como la vida de Talleyrand comienza a ser Historia por obra de la niñera. Era una mujer pobre de un barrio parisién; un mal día dejó al niño sobre una mesa —cómoda, consola— y el pequeño, inseguro o agitado, cayó al suelo; su pie derecho quedó deformado; ningún aparato evitaría en el futuro la visible cojera de Carlos-Mauricio.

Carlos-Mauricio era el mayor de los hijos vivos; había de heredar, pues, los títulos y las riquezas familiares —cualesquiera fuesen— que ostentaría como oficial del Ejército del Rey. Idéntico destino al de su padre. Pero la caída obligaba a un cambio de rumbo, porque un cojo no podía emprender la carrera de las Armas. Los padres resolvieron el caso: heredero —de los bienes o de los honores o de la profesión— sería el hijo segundo; Carlos-Mauricio seguiría a los antepasados ilustres que alcanzaron altas dignidades en la Iglesia.

No urgía hacerle conocer su destino. Antes, Carlos-Mauricio pasó una larga temporada en la residencia de su bisabuela, la Princesa de Chalais, que le hizo gustar los encantos de la vida del Gran Siglo, que parecía guardar intactos en su persona y en torno a ella. “Madame de Chalais —escribe en sus Memorias— era una persona muy distinguida: su inteligencia, su lenguaje, la nobleza de sus maneras, el sonido de su voz, tenían un gran encanto... Le fuí agradable; ella me hizo conocer una dulzura que yo no había experimentado aún... El tiempo que pasé en Chalais dejó en mí una impresión profunda... En las provincias ale-

jadas de la capital, una especie de cuidado por la dignidad regula las relaciones de los antiguos grandes señores que habitan todavía sus castillos con la nobleza de orden inferior y con los otros habitantes de sus tierras... Las costumbres de la nobleza en Périgord se asemejaban a sus viejos castillos; tenían algo de grande y de estable; la luz penetraba poco, pero llegaba dulcemente. Se avanzaba con una útil lentitud... Ni la Revolución ha logrado desencantar las viejas moradas donde había residido la soberanía... Chalais era uno de los castillos de ese tiempo reverenciado y querido" (27).

Conocía y gustaba apasionadamente la vida señorial y mundana del siglo XVIII, reflejada en "la literatura del placer social" y alumbrada por "las luces de la voluptuosidad" (28), cuando supo que había de abrazar la carrera eclesiástica. Se le mandó, primero, junto a su tío Alejandro, coadjutor de Reims, y en 1770 ingresó en el Seminario de San Sulpicio.

El muchacho es un ser extraordinario, de quien Napoleón dirá: "Es el único con quien yo puedo hablar." Y no tiene vocación eclesiástica. El estrago en su alma —durante los años de Seminario y los de la Facultad de Teología— será extraordinario también. El lo ha dicho a un sulpiciano, Henry de Bethisy, futuro Obispo de Uzès: "Quieren hacer de mí un sacerdote; harán de mí un ser odioso" (29). Duff Cooper

(27) Talleyrand: *Mémoires*, I, págs. 8-10.

(28) Paul Hazard: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, trad. esp., Madrid, 1946, pag. 225 y sigs.

(29) Bernard de Lacombe: *Talleyrand, Evêque d'Autun*, Paris, 1903, pág. 10.

evoca brevemente la figura de Julien Sorel, el personaje de Stendhal, en el Seminario de Besançon (30).

En Talleyrand, el estrago será, en primer lugar, un afán de revancha. “Una esperanza inquieta y vaga —escribirá más tarde (31)—, como todas las pasiones de la juventud, exaltaba mi espíritu, atormentado sin cesar.” Afán acrecentado, reconcentrado, año tras año, al avanzar hacia el sacerdocio, aventado por dos pasiones que, en ese tiempo, despertarán en él. De un lado, los suyos, para alentarle en el camino, le han mostrado, en la Historia de Francia —y también en la de otras naciones—, el ejemplo de los hombres de Iglesia que fueron Ministros: los Cardenales Richelieu, Mazarino, Dubois, Fleury y Bernis. Es así como el Poder —el poder político— aparece a sus ojos como el gran instrumento del desquite, porque su alma, semejante a la del Cardenal de Retz —a quien leerá y releerá— era “la menos eclesiástica del mundo”. De otro lado, ha conocido casualmente a Luzy —la joven actriz Dorotea Dorinville—, y esta mujer despertará en él otra pasión que formará —con el Poder, la riqueza y el juego— en la revancha de su vida futura.

En segundo lugar, el estrago será en este hombre extraordinario un fenómeno más difícil de percibir.

(30) Duff Cooper: *Talleyrand*, pág. 15.

(31) Talleyrand: *Mémoires*, I, pág. 21.

Creyente, falto de vocación, año tras año camino del sacerdocio, incapaz de rebelarse él o imposible la rebeldía, sintiendo día a día como un castigo lo que es en sí una gracia, su alma se ha ido secando. "Un ser odioso", predijo él. "Cabeza de muerto", escribió Chateaubriand, equivocadamente. Corazón de muerto, sí. Los resortes de la emoción, las fibras sensibles del hombre, se han ido extinguiendo al mismo tiempo que el estudio ha desarrollado su inteligencia prodigiosa. Será capaz de deseo, pero no de amor; podrá actuar en la obediencia forzosa, pero no en el servicio voluntario. De cualquier hombre se dice: "La pasión le ciega". De Talleyrand se dirá que tiene inteligencia de "vidente", porque ningún apasionamiento turbará su razón; preverá —no presentirá— los acontecimientos. Y apoyará o derribará hombres y situaciones sin escrúpulo alguno, porque jamás les ha otorgado su adhesión moral.

Esa previsión desapasionada del futuro es en él constante y totalmente alejada del torpe "ventajismo", que aprovecha el último minuto. Se ha señalado, como ejemplo característico, su separación real de Napoleón; Floret, agente austríaco, advierte a la Corte de Viena que, tras las victorias francesas de Ulm y Austerlitz y la Paz de Presburgo, Talleyrand "deseaba ardientemente" abandonar el Ministerio; lo logró en agosto de 1807, tras la Paz de Tilsit, en pleno apogeo del Imperio; "preveía la caída mucho tiempo antes", escribe Louis Champagne (32); no le engaña luego la boda austríaca ni el avance del Ejército de las Veinte Naciones sobre Rusia, del que pensará —y dirá, acaso—

(32) Louis Champagne: *Le Diplomate-Né*, Paris, 1943, pág. 407.

que es "el comienzo del fin". Napoleón no entendió el caso, y todavía en 1814 decía a Caulaincourt: "¿Por qué ha querido dejar el Ministerio? Es el hombre que conoce mejor Francia y Europa. Sería aún Ministro si hubiese querido" (33).

La inteligencia será en él una facultad prodigiosa, por encima de la voluntad torcida y de la extinguida sensibilidad. El fenómeno es asombroso, acaso único. El tormento de su carrera sacerdotal sin vocación, la lucha por la nacionalización de los bienes del Clero, la consagración de los Obispos juramentados, la excomunión papal, el matrimonio civil, la vida pública revolucionaria, la vida particular depravada, no han quebrantado su Fe religiosa. Las pruebas de esa realidad son muchas. "Nunca he dejado de considerarme hijo de la Iglesia", escribirá, en trance de muerte, sin faltar a la verdad. Caso único entre los sacerdotes pasados a la Revolución, Talleyrand, en medio de la constante polémica con Roma, no pronunciará una palabra descreída o agresiva. Sorprendentemente, pedirá al Vaticano, y hará pedir al Primer Cónsul, dispensa para su matrimonio. Atascará las negociaciones del Concordato en la llamada "cláusula de Madame Grand", porque regularía su situación de eclesiástico casado. El Príncipe de Metternich escribió, con ocasión de su muerte: "Fué en el verano de 1825 cuando le vi por última vez en París... Le hablé de él mis-

(33) Emile Dard: *Napoleon et Talleyrand*, 2.^a ed., París, 1945, páginas 137 y 158.

mo, y me acuerdo de haber pronunnciado en uno de nuestros coloquios (en los cuales jamás faltaba la intimidad) las siguientes palabras: —No olvidéis nunca que os queda un gran ejemplo que dar al mundo; será detestable o saludable según lo que sepáis decidir—. El me tomó entonces la mano y me dijo: —Creed, mi querido Príncipe, que yo sé lo que debo a Dios y al mundo. Guardad, pues, el alma en paz—” (34).

El gran escándalo de su vida tuvo su origen en las negociaciones diplomáticas franco-rusas; una derivación privada hizo que el sobrino de Talleyrand —Edmond de Périgord— se casase con la hija de la Princesa de Curlandia, que pasaría a la Historia como Duquesa de Dino; la Princesa dióse a Talleyrand con el arrebató de una última pasión; cuando él puso fin a sus relaciones con la madura Princesa, el matrimonio Périgord se había separado, y la sobrina rigió desde entonces el hogar de su tío; hubieran bastado las lamentaciones de la madre abandonada para dar vida al rumor de los amores entre la joven condesa de Périgord —“la bella y cautivadora sobrina de Talleyrand” (35)— y el viejo Príncipe de Benevento. Fué ella la que le oyó decir: “Si cayese seriamente enfermo, pediría un sacerdote...” Amante de la Princesa de Curlandia, amante quizá de su hija la ahora Duquesa de Dino, Talleyrand, apagada con los años la fiebre de los malos deseos, amaba puramente a la nieta, la hija de Edmond, Paulina de Périgord; la llamaba, con suave respeto, “el ángel de mi casa”; la veía, con

(34) *Mémoires... de Metternich*, tomo VI, 6.ª ed., París, 1935, página 243, nota.

(35) Jean Hanoteau: *Lettres du Prince de Metternich a la Comtesse de Lieven*, París, 1909, pág. 355.

ojos serenos, hecha mujer; gustaba de pasear con ella por las calles de París; cuidaba de la limpieza de su alma y la aguardaba en el carruaje mientras la niña se confesaba en el templo. (El hombre vicioso nunca había dejado de percibir en la hermosura femenina una distinción esencial. Elizabeth Holland recordaba a su hijo, años más tarde, la frase con que Talleyrand había estimado la nítida belleza de Lady Kerry: "Es hermosa como Eva antes de pecar") (36). Un buen día entraron ambos, tío y sobrina, el viejo Príncipe y la niña, en la iglesia de San Sulpicio; Paulina le vió transformarse extrañamente, en el recogimiento del hombre a quien el ayer se le torna mañana, a quien la súbita presencia del pasado hace meditar en el futuro inevitable; vuelto en sí, él se creyó obligado a excusarse: "Aquí recibí el bautismo."

SEGUNDA RAZÓN.

A la primera causa —de origen familiar e índole privada— la vida añadirá otra, no menos importante y de carácter público: el Poder, que necesita para la revancha —riqueza, lujo, vicio—, ha de ser alcanzado en una época con la que está disconforme. Bisnieto de la Princesa de Chalais, hijo de un noble Teniente General del Ejército del Rey, Agente General del Orden Eclesiástico ante el Gobierno de Su Majestad, Obispo de Autun a propuesta de Luis XVI, es un hombre plenamente formado en el siglo XVIII. Tiene treinta y

(36) Earl of Ilchester: *Elizabeth, Lady Holland to her son*, London, 1946, pág. 218.

cinco años cuando la reunión de los Estados Generales inicia la Revolución. Desde entonces ha de luchar en un medio que no es el suyo, ha de servir situaciones y regímenes de los que le separa su concepción de la vida. Hombre de Corte, cuyas ideas y sentimientos pertenecen a la Francia de Luis XV, habrá de abrirse paso en la primera Asamblea revolucionaria, tendrá que servir a la Revolución en todas sus formas, Convención, Directorio, Consulado o Imperio. Faltará —repito— esta adhesión; podrá abandonar a cualquiera de tales regímenes y a sus hombres, a los que no les unirá ni la conformidad ideológica ni la estimación personal.

La frase más repetida —la más reveladora— de las atribuidas a Talleyrand es ésta: “Los que no han vivido antes de 1789 no conocen la dulzura de vivir.” La Princesa de Lieven escribía a su hermano el Conde Beckendorff: “M. de Talleyrand no cesa de decir: —¡Los viejos Gobiernos! Son los únicos donde hay tranquilidad y felicidad para los individuos...” Su mundo era “el mundo de los Embajadores”, que, como Paléologue ha señalado (37), hacía soñar en su vida provinciana a Madame Bovary; unos privilegiados, cuya existencia estaba “por encima de los demás, entre el cielo y la tierra, en las tormentas, algo sublime”.

Político de “la medida”, ha de emplearse en todo lo desmesurado que la Revolución inicia. Un ejemplo

(37) Mairice Paleologue: *Romantisme et Diplomatie*, París, 1928, pág. 5.

claro del contraste nos lo proporciona la mudanza en el arte bélico. El General Vacca Maggiolini (38) resume "las reglas" a que se atienen las guerras del siglo XVIII. Dumouriez, mandando los ejércitos de la Revolución, las abandona —más o menos conscientemente— en Valmy, cuando los prusianos luchan de espaldas a París y los franceses como si procediesen de Prusia. El Mariscal Foch (39) señala los cambios en que se basa la doctrina militar de Bonaparte; en primer lugar —cambio de medios—, el Ejército profesional es sustituido por la nación en armas, lo que proporciona a Francia la superioridad numérica; en segundo lugar —cambio de fines—, no se lucha por la conquista de una plaza o de un territorio, ganados un día y perdidos otro, sino por el aniquilamiento del Ejército enemigo. Entonces, el adversario queda a merced del vencedor, y la victoria fulminante permite la conquista súbita e inmensa.

El pensamiento de Talleyrand es otro, y conforme a su siglo; Francia se formó por la asimilación paulatina y lenta de las tierras que el Rey adquiría; la victoria fulminante y la imposición al pueblo desarmado no establecen nada duradero y sólo sirven para despertar en el vencido el impulso de la futura revancha; él cree solamente en la perdurabilidad de lo medurado, acordado y pactado. Su Informe al Directorio, tras la Paz de Campo-Formio, advierte: "La querella, momentáneamente apagada por el asombro y la consternación del vencido, no puede ser, por su naturaleza, definitivamente terminada por las armas, que son cosa

(38) Vacca-Maggiolini: *Da Valmy a Waterloo*, Bologna, 1939, I, páginas 7-16.

(39) Marechal Foch: *Eloge de Napoleon*, Paris, 1921.

de un día, mientras que el odio subsiste" (40). Con el tiempo, su convicción, que una vez y otra hará presente a Napoleón, parecerá confirmada por el mismo Emperador; cuando los vencidos de Ulm y Austerlitz parezcan resucitados ante los franceses en las horas difíciles de la isla de Lobau, y Lacuée asegure, tras la victoria, para oponerse a la boda con María Luisa, que Austria no es ya una gran potencia, el Emperador contestará airadamente: "Se conoce, caballero, que no habéis estado en Wagram" (41).

El ritmo diplomático de Talleyrand era otro que el ritmo militar o político de Bonaparte, porque se había formado al compás de un *andante* de Mozart y le habría de ser intolerable la ejecución de la Heroica. Al dejar el Ministerio a Champagny, dijo a su sucesor en la toma de posesión: "Fuera de algún empleadillo subalterno, que quizá cierre los pliegos y escriba los sobres con precipitación, todos tienen aquí la mayor calma y se han desacostumbrado a tener prisa. Cuando haya usted tratado con el Emperador los asuntos e intereses de Europa comprenderá la importancia de no apresurarse a despachar sus órdenes" (42). Más conocida es esta otra afirmación de Talleyrand: "Nunca hay que apresurarse; yo jamás me he apresurado y he llegado siempre."

(40) Albert Sorel: *L'Europe et la Revolution Française*, París, 1903, V, pág. 282.

(41) Comte Beugnot: *Memoires*, París, 1866, II, pág. 359.

(42) Villa-Urrutia: *Talleyrand*, pág. 155. La anécdota fué recogida en sus Memorias por Madame de Rémusat; al parecer, fué contada por el propio Talleyrand a Napoleón.

EL PERFIL LEGENDARIO.

Dos causas, dos falsedades, dos violencias en su vida. El hombre de mundo, el cortesano aristócrata hecho sacerdote, que busca la revancha impulsado por su falta de vocación, sostenido por la convicción de una brutal injusticia que le ha arrebatado cuanto amaba y le pertenecía. El político del siglo XVIII, que ha de luchar en un mundo nuevo y contrario a sus convicciones para alcanzar el poder que le permita el desquite. Surge así el personaje histórico, enigmático para sus contemporáneos, proteico para sus biógrafos, traidor para algunos estudiosos de su destino.

El sacerdote se transforma en un gran señor; tan pronto le sea adscrito el feudo de Benevento será, dentro y fuera de Francia, "el Príncipe". Hablará, encantando a los que le rodean por obra de su inteligencia y de su cultura. "Si la conversación de M. de Talleyrand se vendiese —decía Madame de Stael— yo me arruinaría." "Sois el rey de la conversación en Europa", le dijo Napoleón. Y también: "Vos sabéis todo lo que yo no sé." Pero, habitualmente, permanecía en un altivo silencio, que sólo cortaba alguna frase desprendida de su labio caído; y el silencio producía en torno suyo mayor encanto que la palabra porque estaba lleno de pensamientos insondables.

Desheredado en razón de un accidente casual, le obsesionará siempre el fantasma de la miseria, se afanará en acumular “una inmensa fortuna”. El Poder será para él una fuente de provecho; cuando abandone el Ministerio de Asuntos Exteriores bajo el Imperio, conseguirá una Gran Dignidad, espléndidamente retribuida. Como la mala suerte le arrebató la herencia familiar, buscará en el juego —donde la fortuna suele acompañarle— el oro que necesita para su espléndido vivir; el día de la fiesta de la Federación en el Campo de Marte visitó a su amiga la Vizcondesa de Laval tantas veces cuantas, en el curso de la jornada, hizo saltar la banca en diversas casas de juego. Por otra parte, toda función pública ha sido ejercida por él sin perder el afán de lucro; el Canciller Pasquier escribe: “El talento para ganar dinero no le ha abandonado jamás; lo ha ejercitado con éxito idéntico en todas las ocasiones y no se sabe de ninguno de los tratados en los cuales ha intervenido que no le haya proporcionado una de esas ocasiones” (43).

Talleyrand será, a lo largo de su larga vida, un Don Juan, tal como el tipo es vulgarmente concebido; goza, se deja amar, no ama. Madelin escribe: “El abate de Périgord, a los dieciséis años y con un semblante rosado de querubín, era, bajo la sotana de seminarista, el amante de la diminuta actriz Dorotea Dorinville; a los sesenta años, el anciano Príncipe de

(43) *Memoires du Chancelier Pasquier*, París, 1893, tomo I, páginas 248-249.

Talleyrand, que ya debería tener sensatez, mantendrá, según dicen, las más íntimas relaciones con su joven sobrina Dorotea de Curlandia, Duquesa de Dino; entre estas dos Doroteas, aquella de 1772 y esta de 1814, ¡cuántas mujeres no habrá apuntado en su catálogo por una especie de manía exenta de amor!"

Esa manía le llevó a casarse con Madame Grand, "indiana" de Pondichery, hija de un francés, divorciada de un inglés, tan hermosa como tonta. El Primer Cónsul le dirá brutalmente: "Vuestra mujer parece muy estúpida." "¡Dios mío! —responderá, semi-distraído, Talleyrand—; tiene el talento de una rosa" (44). Y en la réplica dejó encerradas las razones de la elección, del futuro abandono, de la indiferencia ante su muerte.

La doble falsedad —del hombre y del político— que constituye su vida producirá el rasgo predominante de su carácter, aquel que le será indispensable en el avatar constante de su larga existencia; en medio de la agitación tormentosa de su tiempo ha de ser un personaje impenetrable, imperturbable, impasible; sus contemporáneos se sentirán desconcertados ante el rostro hermético del hombre. Habrá de ser así, puesto que, disconforme con el quehacer de casi toda su vida, se considera "editor de las obras de los otros". Asegurará en otra frase célebre que "la palabra ha sido otorgada al hombre para que disimule su pensamiento".

(44) Louis Madelin: *Talleyrand*, pág. 86.

La escena del 28 de enero de 1809 no falta en ningún libro sobre Talleyrand (45). Su reconciliación con Fouché, que suponía una conspiración en marcha, hizo que el Emperador abandonase España precipitadamente, camino de París. El 28 de enero, tras un Consejo Privado en las Tullerías, Napoleón retuvo a Cambaceres, Lebrun, Fouché, Degrelles y Talleyrand; pasó por la sala aludiendo severamente a lo ocurrido durante su ausencia: "La traición comienza..." Talleyrand, apoyado en una consola porque su pie deforme le cansaba rápidamente, pareció apartarse de todo y desató la ira del Emperador. "¡Ladrón!", fué la primera palabra de la feroz invectiva. Y la última frase se refirió a la noticia de los amores de la Princesa de Talleyrand con el Duque de San Carlos. Inmóvil, el Príncipe habló al fin: "Nunca pensé que ese informe pudiese interesar a la gloria de Vuestra Majestad ni a la mía." Y luego, al salir, exclamó: "¡Qué lástima que un hombre tan grande esté tan mal educado!"

¿Tuvo miedo, conforme se ha escrito? ¿No amaba a Madame Grand, ni la consideraba siquiera su mujer, puesto que una vez y otra había acudido con el caso a Roma? Lo cierto es que, entre los demás aterrados, él, directamente atacado, no se inmutó.

Fué así siempre, antes y después. El 18 Fructidor, mientras los soldados de Augereau daban el golpe de Estado resolviendo el enredoso pleito del Directorio y los Consejos, ningún informador logró distraer su

(45) Con variantes explicables fué recogida en las Memorias de Meneval, de Pasquier, de Mollien, de Chateaubriand, etc. Su reconstrucción, a base de tales narraciones, y con sus lógicas variantes también, se encuentra en las obras posteriores de Villa-Urrutia, Lacour-Gayet, Madelin, etc. Figura, claro es, como acontecimiento importantísimo, en las innumerables obras que forman la bibliografía napoleónica.

atención de las cartas con que jugaba entre sus familiares. La mañana del 7 de marzo de 1815, en Viena, cuando el Príncipe se disponía a iniciar su complicado arreglo personal, la Duquesa de Dino repasaba la lista de los quehaceres del día, entre los cuales figuraba el ensayo de una representación teatral en que ella tomaría parte; inesperadamente, una carta de Metternich le comunicó la fuga de Napoleón de la isla de Elba, que amenazaba destruir toda su obra en el Congreso. Angustiada, la sobrina exclamó: “¿Y mi ensayo?” El respondió: “Está tranquila. El ensayo tendrá lugar igualmente” (46). Y comenzó con toda calma su tocado.

No conozco nada tan impresionante, en la extraordinaria vida de Talleyrand, como el curso de sus últimos días, testimoniado por Monseñor Dupanloup, la Duquesa de Dino y el Barón de Barante (47).

(46) Cipriano Giachetti: *Il Congresso di Vienna*, Verona, 1941, páginas 156-7.

(47) El *Recit fait par l'abbé Dupanloup de ses relations avec M. de Talleyrand* fué escrito en 1839; M. Bernard de Lacombe lo publicó en la *Revue des Deux Mondes* en el número de 1.º de marzo de 1910, titulólo *La Mort de Talleyrand*; todos los papeles de Monseñor Dupanloup sobre el personaje los utilizó Lacombe en su obra *La vie privée de Talleyrand* (París, 1910), pues constituyeron un legado del Obispo de Orleans al padre del autor. La *Lettre de Mme. la Duchesse de Talleyrand à l'abbé Dupanloup* fué escrita el mismo año por la Duquesa de Dino al recibir la narración del Abate; con el título *Le Retour de Talleyrand à la Religion* la publicó (París, 1908) la Princesa Radziwill, nieta de la Duquesa, para “responder a las narraciones inciertas contenidas en el cuarto volumen de las *Memoires de la Comtesse de Boigne* sobre la muerte del Príncipe”. El Barón de Nervo, nieto de Barante, dió a conocer (1910) *La Conversion et la Mort de M. de Talleyrand. Recit de l'un des cinq temoins le Baron de Barante*.

Sacerdote admirable, el Abate Félix Dupanloup, futuro Obispo de Orleans, era confesor de Paulina y había trabado conocimiento con el Príncipe. Fué el encargado de llevar al enfermo de muerte el escrito que Monseñor Quelen, Arzobispo de París, había corregido y aprobado para la reconciliación con la Iglesia del antiguo Obispo de Autun. El 13 de mayo de 1838 un antrax exigió la intervención quirúrgica, y a partir de aquel día el Príncipe vivió en una agonía perpetua. El doctor Cruveilhier advirtió al Abate: "Si podéis hacer algo, hacedlo rápidamente." Pero Talleyrand, tras leer el escrito de retractación, lo guardó sin firmarlo: "Quiero leerlo otra vez." En la mañana del 16, tras una noche en que creyeron verle morir, el Príncipe advirtió al Abate: "Deseo añadir alguna cosa y estoy muy fatigado... Yo diré en qué momento..." "Todo se hará", dijo a las ocho de la noche. Paulina preguntó angustiada: "Pero, ¿cuándo?..." Talleyrand respondió: "Mañana, entre las cinco y las seis de la mañana." El Abate le preguntó suavemente si podía llevar al Arzobispo tal esperanza. Y el Príncipe respondió firmemente: "No digáis esta esperanza, decid esta seguridad. Es positivo."

En el transcurso de la noche se ahogaba. Ante un nuevo ruego de Paulina se impacientó: "¡Pero si no son las seis!" Al amanecer, el Abate llegó con los testigos. Talleyrand preguntó: "¿Qué hora es?" Corrigiendo una piadosa mentira, Dupanloup respondió: "Príncipe, no son más que las cinco." Al dar las seis, Talleyrand se incorporó y escuchó nuevamente, leído por la Duquesa de Dino, el escrito de retractación. Lo tomó en sus manos y trazó su última firma.

A las diez, volvió el Abate Dupanloup y escuchó

en confesión aquella vida privada que era ya una pública historia. Le administró los últimos Sacramentos. La inteligencia del moribundo guardaba su lucidez de siempre; los Obispos ungidos anteriormente sobre las palmas de las manos, han de serlo, en la Exremaunción, en el dorso de ellas. Talleyrand presentó las suyas cerradas y advirtió al oficiante del rito: "No olvidéis, señor abate, que soy Obispo." Luego Dupanloup, arrodillado, recitó las preces por los agonizantes; al callarse su voz, Talleyrand había expirado.

Paléologue estima al resumir su conducta en el trance supremo, que Talleyrand había seguido el axioma de toda negociación diplomática: "obtener lo más cediendo lo menos" (48). Madelin se indigna ante la postrera conducta del hombre: "No era la muerte del gran culpable arrepentido que se golpea el pecho y exclama: ¡Señor, tened piedad de mí, que soy un pecador! Era la de un hombre que durante toda su vida ha calculado, pesado, reflexionado para llegar a sus fines..." (49). Pero ambos olvidan que, para Talleyrand, acercarse a la Verdad había de ser una vuelta a la medida, un retorno a la Norma; había de ser la muerte del Obispo de Autun, reconciliado con la Iglesia, atento rigurosamente a la Liturgia.

En definitiva, el historiador cuenta con el juicio del Abate Dupanloup: "Dios conoce el secreto de los corazones; pero yo le pido que a los que han puesto en duda la sinceridad de M. de Talleyrand les dé en la hora de la muerte los sentimientos que yo he visto

(48) Maurice Paléologue: *Romantisme et Diplomatie*, pág. 38.

(49) Louis Madelin: *Talleyrand*, pág. 450.

en M. de Talleyrand moribundo y cuyo recuerdo jamás se borrará de mi memoria.”

“CABEZA DE MUERTO.”

Ahora sí, era su cabeza de muerto. Hasta ahora había sido una de las cabezas más vivas, más poderosas y sutiles que la Historia conoció. La imposibilidad del rostro con que arrojó su vida proteica fué como la careta; una necesidad que impone la defensa de la cara, realidad y verdad que quieren conservarse en la mentira de la fiesta o en el juego del asalto armado. La vida, lanzándole a una doble falsedad, individual y social, al hacer del cortesano un sacerdote y del aristócrata un revolucionario, le pervirtió, le enseñó a defenderse ocultando la verdad de sus ideas y despreciando toda moral en la acción. Pero la idea y la acción, encadenadas con rigor lógico, existieron en él. Bastaría, para sospecharlo al menos, el empeño que puso en ocultarlas.

He aquí unas palabras de Napoleón a Talleyrand, que sirven de tema al gran libro de Emile Dard: “Sois un diablo de hombre. No puedo evitar el hablaros de mis asuntos ni privarme de amaros” (50). Pero la energía inquisitiva del Emperador, desconfiada generalmente, afectuosa a veces y a veces agresiva, nunca consiguió su objeto. Por eso decía de su gran Ministro, en Santa Elena: “Era tan hábilmente evasivo y divagante, que después de conversaciones de varias horas se marchaba habiendo escapado a los esclareci-

(50) Emile Dard: *Napoleon et Talleyrand*, 2.^a ed., París, 1945, portada.

mientos o a los actos que yo me había prometido obtener de él cuando le había visto llegar” (51).

He aquí también unas palabras suyas. El 3 de marzo de 1838 el anciano Príncipe había pronunciado, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el elogio del Conde Reinhard. Dibujó entonces el tipo ideal del Ministro de Asuntos Exteriores. Unas frases —unas frases tan sólo— parecieron destinadas al esbozo de su autorretrato o alentaron, al menos, a descifrar el enigma del hombre: “Es preciso que un Ministro de Asuntos Exteriores esté dotado de una especie de instinto que, advirtiéndole prontamente, le impida, en toda discusión, comprometerse de cualquier modo. Le es necesaria la facultad de mostrarse abierto, permaneciendo impenetrable; de ser reservado, con las formas del abandono; de ser hábil hasta en la elección de sus distracciones; es preciso que su conversación sea sencilla, varia, inesperada, siempre natural y a veces cándida; en una palabra, no debe cesar un momento, en las veinticuatro horas, de ser Ministro de Asuntos Exteriores.”

JESÚS PABÓN.

(Continuará.)

(51) Las Cases: *Memorial*, II, pág. 107.

NOTAS

